

LA NEGRA

Por Bruno Madariaga

Para entrar en los 50's con la debida ligereza, es preciso deshacerse con desenfado y sentido del humor, de los juguetes adquiridos durante la crisis de las 40's... Confieso que me tardé en comenzar, pero lo he logrado casi en su totalidad. Entre ventas mal cobradas, decomisos y préstamos sin retorno, la misión "vaciar el juguetero" está casi consumada: La única pieza que ha sobrevivido a esta ola aligeradora, es mi jeep Grand Cherokee negra modelo 1999.₁

Jamás había sentido apego por un auto, en realidad rara vez he sentido apego por algo material; en mi caso esto último, lejos de ser una virtud, es un terrible problema... Pero no fue así con "La Negra".

Esto no quiere decir que la cuidase como cuida la gente normal sus coches, mucho menos sus coches queridos; sólo el mantenimiento mínimo para seguir caminando. Creo que esa condición siempre abonó a su reputación de guerrera forjada en múltiples misiones cinematográficas, pictóricas y culinarias. En ella transportamos toneladas de equipo, montañas de comida y todos los cuadros de La Maestra.

Hace algunos años, contemplando una talla medieval en un claustro traído piedra por piedra desde Francia al norte de Manhattan, me quedó claro el concepto de "El alma de las cosas". Es decir, que los objetos inanimados poseen debido a su historia, una carga energética que es posible percibir con relativa facilidad y a la cual se asocian constructos emotivos específicos.

El alma de "La Negra" destaca no sólo por su nobleza legendaria e inusitado desempeño en condiciones de adversidad indescriptibles,² también por su carácter desenfadado y comprensivo, me atrevería a decir... Solidario. Por eso se me heló la sangre cuando en un barrio céntrico de lenta gentrificación, al salir de un comelitón pantagruélico en casa de conocido "Cumbia Star" local, la negrita no estaba donde yo la había dejado... Al principio, la confusión conduce al aturdimiento que poco después es de nuevo confusión y demora unos cuantos segundos en convertirse en ¡pánico!

Presas de la irracionalidad, di vuelta a la esquina con la inútil esperanza de verla orgullosamente estacionada

mirándome con los faros pizpiretos y tranquilizadores como diciéndome:

- ¡Todo está bien! ¡Se te volvió a olvidar dónde me dejaste! Pero no; nada por aquí, nada por allá... Una punzada helada recorrió mi espina dorsal mientras mi mano derecha apretaba con fuerza el llavero plateado y negro, con una sola llave de coche del siglo pasado... Intercambié una mirada con “La Maestra” y ambos pudimos sentir la contundente realidad entre el estómago y la garganta... ¡Se la robaron!

Nos abrazamos un instante y regresamos al convivio, “La Maestra” se empinó tres cascahuines p’al susto, yo me comí otros tres tacos de asada y una concha de chocolate. Levantamos los reportes correspondientes.

El día siguiente transcurrió en relativa calma, eludimos el tema.

A las tres de la mañana nos despertó una llamada de la policía diciendo que habían encontrado a “La Negra”.

Un convoy integrado por la policía municipal, la estatal, agentes de tránsito y la guardia nacional,

encontraron el vehículo obstruyendo un carril mientras patrullaban el primer cuadro.

Tras mostrar papeles, identificarme, firmar un par de recibos hechos a mano, y cooperar de muy buena gana p'al chesco multcorporacional, nos entregaron el vehículo y nos escoltaron a la casa para guardarlo hasta retirar oficialmente la denuncia por robo; una oficina al otro lado del planeta, en la que había que apersonarse a las cinco de la mañana para hacer cola y alcanzar ficha.

En dos ocasiones lo intenté, la primera fui víctima del desasosiego y salí huyendo tras poco más de una hora de espera aniquiladora. La segunda, me preparé mejor y alcancé a llegar al primer filtro, donde un funcionario que, ejemplo de autocontrol, considerando la escandalosa marabunta que se amontonaba a su alrededor, me informó con admirable amabilidad que requería averiguar si la camioneta presentaba adeudos, para lo cual debía acudir a otra ventanilla. Llegué a la susodicha ventanilla y la fila ¡era casi tan larga como la anterior!

Salí experimentando un alivio indescriptible y jurando poner el asunto en espera hasta que la vida me permitiera mandar un propio con la debida carta poder.